



CEMENTERIO MIXTO
Tumbas de aborígenes
"cristianizados" en las
afueras de El Colchón.

MONTE EXTINCION



*En el monte del Impenetrable,
al norte del Chaco, las
comunidades agonizan por el
hambre y las enfermedades.
Despojados de sus recursos
naturales por el remate de
tierras fiscales a bajo costo y
excluidos del sistema sanitario,
tobas, mocovíes y wichis
parecen dejarse morir mientras
la propia Corte Suprema
califica la situación como un
"exterminio aborígen".*



POR ALEJANDRA DANDAN

FOTOS DE ALFREDO SRUR

ERA UNA NOCHE DE ENERO DE CALOR ESPESO Y SOMBRAS DEBILES. ALGUIEN atravesó la puerta de entrada del puesto sanitario del pueblo. Una beba de 19 meses se había muerto, explicó. Apenas escucharon, las dos únicas mujeres de guardia subieron a la ambulancia y guiaron al chofer a lo largo de los tres kilómetros de tierra camino al barrio toba en El Impenetrable. El cuerpo de la beba aguardaba en el galpón de una iglesia evangélica, como si allí hubiese estado siempre a la espera de la muerte.

“Cuando llegamos, estaba en brazos del abuelo”, dice Selva Añazco, la obstetra del puesto sanitario. “No había luz, y alrededor estaba la madre, el padre, los familiares. Prendí la linternita del teléfono celular para acercarme y mirarle la cara, pero la tapamos enseguida porque ya tenía ciertas características de la muerte.”



LA MEDICA SE SUBIO A LA AMBULANCIA DE nuevo con la niña y con su compañera, pero no fue a la sala sanitaria como tantas otras veces sino adonde vivían los padres. Cuando llegaron, Julio y su mujer apoyaron el cuerpo de la beba en la cama, lo envolvieron con una tela y prendieron las velas que habían podido comprar.

“Ahí entendí aquello de «quién te dio vela en este entierro» –dice la obstetra-. Después de muchos meses de estar ahí, se me acercaron a darme una vela como si finalmente me habilitaran a estar entre ellos.”

Selva había llegado a Villa Río Bermejito un año antes de ese mes de enero de 2006. Aquel episodio la sorprendió menos, sin embargo, que lo que siguió después.

Dos días más tarde de la muerte de la niña, el padre volvió al puesto sanitario a pedir el certificado de defunción. En esos días, Selva había estado leyendo la historia clínica, una y otra vez, como para tratar de entender qué había pasado, con la obsesión mecánica de quien busca desesperadamente una respuesta. La beba, según esos papeles, había muerto por un cuadro de diarrea, después de haber perdido materia orgánica durante tres días seguidos, y deshidratada. Pero cinco días antes ya había estado internada con el mismo cuadro. Primero, en el puesto sanitario de Bermejito, y luego en el hospital Güemes de J. J. Castelli, un centro de mayor complejidad adonde van a parar los tobas más graves sólo si logran llegar. Más de quince kilómetros de tierra separan sus montes del asfalto, y hay otros setenta kilómetros hasta la primera ciudad. Esa especie de frontera abierta entre el adentro y el afuera parece amordazarlos en los momentos más difíciles para condenarlos a permanecer a ese lado del infierno. La beba había logrado llegar de todos modos al hospital de Castelli y, a fuerza de suero, los médicos lograron nue-

vamente hidratarla.

—Entonces, don Julio... si ella se repuso, ¿qué pasó después? —le preguntó Selva.

El repitió: diarrea, tres días de pérdida, fiebre, diarrea, tres días, pero luego contó el resto.

De regreso del hospital, su hija había vuelto al mismo lugar de donde se la habían llevado, el mismo ambiente donde se había enfermado. Cuando la fiebre volvió a subir, Julio se convenció esta vez de que el tiempo de su hija estaba acabado. La habían curado los blancos. Habían fallado. Y entonces se dio cuenta de que uno de sus cuñados se había puesto envidioso porque ellos habían recibido una casa de material de parte del gobierno y se dispuso a hacerles una brujería. A hurtadillas, entró en la casa, se llevó un pedacito del pañal de la beba y se lo alcanzó a un chamán indio, que lo arrojó a una hoguera para desatar el maleficio. Julio estaba tan convencido de eso que le aseguró a Selva que algún día iba a vengarse. Pero ella apenas podía creerlo, y volvió a preguntarle qué pasó,

salvo, pero suspendida en sus brazos. Esa imagen de la mujer hincada en el suelo con la niña en brazos era, a esa altura, la advertencia de la muerte.

“Yo me quedé callada”, dice Selva. Pero lo siguiente fue abrumador. Una síntesis del choque cultural que atraviesa al Impenetrable chaqueño, donde un pueblo originario despojado de sus recursos históricos recibe las esquilas de la tecnología blanca y queda atrapado entre dos mundos, sin acceso a las armas de supervivencia de ninguno de los dos.

“En ese momento –cuenta Selva-, Julio me dijo que tenía la foto. Entonces sacó su celular con lindas fotos, buena definición, y me mostró las fotos de la niña: antes de que se enferme, cuando estaba internada y después, a medida que se iba muriendo.”

Selva lo cuenta con el borde de los ojos hinchados. Los ojos hundidos vagan como después de una siesta larga. Chaqueta verde, una cartera negra chiquita le cuelga del brazo mientras de un salto trepa a una camione-

munidades tobas, mocovíes y wichis, unas 30 mil personas ocupan una franja de 320 kilómetros de largo, al norte de la provincia del Chaco, sobre un monte devastado por el avance descontrolado de la frontera agraria. Entre las tres etnias, los tobas son los que peor están: sus imágenes del año pasado dieron vuelta al mundo cuando se conocieron las primeras muertes frecuentes como consecuencia del hambre. Unos veinte hombres y mujeres cuyos cuerpos famélicos replicaron en el país las peores escenas del África. La Defensoría del Pueblo de la Nación primero y la Corte Suprema de Justicia de la Nación después hablaron en ese contexto de “exterminio aborigen” y exigieron la acción urgente de los gobiernos del Chaco y de la Nación.

Sobre 356 adultos de un poblado de cinco mil habitantes como Misión Nueva Pompeya, el 38 por ciento tiene chagas; 11 por ciento tuberculosis; 26 por ciento desnutrición proteico-calórica; 15 por ciento anemia por falta de hierro; 12 por ciento hipertensión y 32 por ciento poliartralgias, que es un dolor en tres o cuatro articulaciones a la vez. Esos resultados, arrojados por un equipo de médicos de la provincia, integran un informe de la oficina regional de la Organización Mundial de la Salud (OMS) sobre el trabajo del Gobierno. El diagnóstico de la OMS acaba de ser publicado. Sus técnicos aseguran allí que, a esta hora, en este mismo momento, la tuberculosis entre los pueblos originarios del Chaco “está fuera de control”. Lo mismo que el mal del Chagas. “El programa no tiene posibilidades de ser cumplido –indicaron-, porque no hay un plantel de médicos adecuado para atender la situación epidemiológica.” También sucede con la infraestructura de salud. Según el mismo informe de la OMS, los hospitales discriminan a las comunidades, los pueblos se quejan de la falta

ta y da la orden de avanzar.

—¡Llegaron al Impenetrable! ¡Por fuera, verde color esperanza; por dentro, negro como el Infierno!



EL IMPENETRABLE CHAQUEÑO SE CONVIRTIO en los últimos años en una gran antesala de la muerte. Habitado por unas sesenta co-



LA CURANDERA
Rosalía Estrada en su sagrario de Bermejito. La anciana es una Pio'oxonaq, una médica natural toba.

de medicamentos y hasta de que en alguna ocasión en el hospital de Castelli les dieron un camión de basura para trasladar a uno de sus muertos.

Antes todo era distinto. El indio, como era nómada, recolectaba sus alimentos a través del monte. Cuando pasaba algún tiempo, levantaba sus cosas y seguía su marcha. Y mientras aquel primer espacio volvía a recuperarse, él procuraba un nuevo lugar. Ahora, el indio es sedentario. Las comunidades permanecen ancladas en un solo punto de un monte, agotado y bajo el cual al parecer no queda nada.

Selva, como para despabilarse, se lleva a la boca un botellón de agua, apurada antes de bajar. La camioneta avanza a los saltos sobre un camino de piedra seca. A tres o cuatro kilómetros del pueblo, la vera del río Bermejito empieza a mostrarle ahora un campamento repleto de toldos recién puestos. Debajo de un plástico negro, un grupo de chicos sale disparando loma arriba apenas oye el ruido del motor. Javier Lascanoshi también se acerca. Es uno de los adultos del clan familiar que hizo de esta franja de tierra un nuevo espacio para su vivienda. Instaló

a un hermano, a su madre, a su mujer, a una cuñada y a los niños. Bajo el toldo, entre dos colchones, guardó un paquete estilo caja PAN con unos kilos de harina y fideos. Arriba del toldo, se secan dos latas vacías de paté de foie y de picadillo, restos de la caja de alimentos que cada cuarenta y cinco días pasa entregando un camión del gobierno nacional. Selva los saluda. Una olla humeante evapora agua del río con arsénico sobre unas tiras de hierro. Los hombres se acercan, y hablan con la obstetra, mientras ella les menciona desesperadamente lo que le viene en mente: ¿se anotaron en los planes de jubilación? ¿En los subsidios del Chagas?

Poco más adelante, un anciano estira el cuerpo como una oruga pesada. Le duelen los huesos, pero se pone a mirar raro cuando Selva le pregunta si conoce los calmantes. En ese camino que se abre serpenteando por el borde del río, los toldos de las carpas se alinean como hongos después de una tormenta. Una carpa detrás de otra, en un campamento infinito como si la nueva migración interna empujada por las últimas lluvias de marzo decidiera estar ahí para quedarse.

—Pero ¿qué le pasa a ese chiquito que tiem-

bla todo? —dice de pronto la médica, mientras apoya la mano en la frente del niño. Está sentado en el regazo de su madre. Tiembla, es cierto, mientras otros parientes siguen tejiendo collares y haciendo sus cosas en una rueda de sillas.

—¿Usted no sabe si en el centro de salud cambiaron el número de teléfono? —pregunta un varón, tal vez el padre del niño, acercándose a la obstetra. El número del centro de salud es un número gratuito. Y aunque en la zona no hay luz, ni hay agua potable ni teléfonos de línea, los celulares desperdigados entre algunos pobladores ofrecen llamadas sin costos. Selva oprime en el suyo la tecla del asterisco y un número. Del otro lado, alguien responde. Ella pide una ambulancia, la única de Bermejito, porque la otra está averiada desde diciembre. Todo OK, le dicen. Pero la ambulancia no está. Ella replica que el chico tiembla, que vuela de fiebre, y que necesita del vehículo ¡urgente! Ellos, que la ambulancia se fue; que está camino al puerto. Veinte minutos de ida y veinte de vuelta, pero no se preocupe, señora, apenas vuelve, la mandamos para allá. La médica apunta en un papelito: “Entregar cuatro frascos de va-

selina azufrada, por favor. Están en cajas en el depósito, por favor. Selva”.

Ariel, el padre del niño, se le acerca y agarra ese papel para el hombre de la ambulancia. Selva sigue camino entre una gallina y dos gatos. Sentada en una silla, Raquel Filguero se tapa la panza con una polera de invierno. La acompaña doña Pancha Monte, una anciana ciega, venerada a sus 84 años. Ya no anda más que unos cuantos pasos por día y desde hace diez años pasa las horas sentada imperturbablemente en su silla.

—¿Y dónde está el bebé? —pregunta Selva. Raquel se levanta y camina barro abajo hasta colarse entre las capas de frazadas de una carpa. El niño nació hace unos meses, el último 2 de abril, en el puesto sanitario por una cesárea, pero el parto no fue sencillo. Nació cubierto de ampollas y a ella se le infectó la herida por la crisis sanitaria.

A comienzos de marzo, el río desbordó después de una gran lluvia. El cauce descontrolado dejó aislados a los pobladores del otro lado, localizados en La Pelolé. Muchos abandonaron sus lugares como doña Pancha arriba de una balsa de tronco hueco de quebracho. El año pasado, cuando la Corte

Suprema exigió medidas urgentes para los pueblos originarios, le ordenó al gobierno la construcción de un puente sobre el cauce de ese río para establecer un canal de comunicación continua, y de auxilio, entre ambos márgenes. El puente se levantó de tal forma que la tormenta de marzo lo destruyó a menos de un mes de concluido. Sin el puente, la gente dejó sus refugios en troncos o barcazas. Raquel se contagió alguna cosa en ese mismo momento, mientras se reubicaba, embarazada, en otro lugar. Estuvo veinte días internada en el hospital de Sáenz Peña después del parto, pero la etapa de la cura no terminó.

“Raquelita”, le dice Selva. “Vos tenés que pasarte la venda, y el Pervinox –y le da uno que saca de su cartera–. Pasarte, pasarte mucho; cuando vos ya no tengas más remedios, tratá de prenderlo a él al pecho, sabés, porque le va a hacer bien. Está con llaguitas en la boca él... ¿Lo viste? ¿Quieres que le avise a la ambulancia ahora que viene? ¿Quieres? Lo que me digas yo hago.”

–¿Quieres? ¿Quieres?
Raquel no le va a contestar a la médica por un rato. La escucha en silencio mientras sigue con su niño, como si se protegiera detrás de esa especie de autismo habilitado por la mezcla de los dos idiomas. Los tobas hablan en *qom*. Y sólo con los blancos en castellano. “¿Quieres?”, continuará diciendo la médica durante unos minutos, hasta que algo en el tiempo de los verbos va cambiando. Raquel ahora dice que ya lo sabe. Que sabe que su hijo tiene llaguitas en la boca, que vio al médico y está medicándolo (al cierre de esta edición, Raquel había sido internada en el hospital Perrando con un cuadro de autoinmunidad y el 80 por ciento del cuerpo llagado; su bebé quedó bajo el cuidado de la hermana de Raquel, enferma de tuberculosis).

–¿Llegó la ambulancia? –pregunta Selva mientras se aleja a los que siguen camino abajo.

“No”, le responden.
Y vuelve a llamar.
–¡Holaaa! Soy Selva... En el Chañaral hay un chiquito con fiebre y está demorando, tiembla de fiebre. ¿Vienen?... ¿¡Nooo!? Ajá.

Al desastre sanitario de la zona se le suman incidentes pequeños pero decisivos, una cadena continua de eventos desafortunados: la única ambulancia pinchó una goma cuando volvía del puerto. Ya va a llegar, vuelven a decirle. Que no se preocupe, que tomará cuarenta minutos, pero va a llegar.

* * * *

BERMEJITO ESTUVO SIN AMBULANCIA CINCO días. Dos ambulancias se descompusieron en diciembre, y la otra que les prestó el hospital de Castelli estuvo fuera de servicio durante una semana de marzo. El viernes 11 de marzo un bebé de 19 días murió en Fortín Lavalle porque no había ambulancia para ir a buscarlo, indica un informe que acaba de presentar el Centro Nelson Mandela a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos para pedir que se declare al lugar de “desastre humanitario”. “Esto es producto de un proceso largo, de



décadas”, dice Rolando Núñez del Centro Mandela, encargado además de la difusión pública de las últimas denuncias sobre El Impenetrable. “De ir quitándoles el monte, la religión y someterlos a través del clientelismo político, comprarlos y revenderlos.”

No es posible encontrar una razón única para explicar el proceso de extinción que se vive en El Impenetrable chaqueño, y que parece estar transitando su fase final. Para algunos analistas, todo empezó con el primer ingreso importante de las poblacio-

nes blancas en el monte a mediados del siglo pasado. Otros, en cambio, piensan que se ha potenciado en los últimos diez años con la explotación de los suelos vírgenes a gran escala.

En este momento, el ciento por ciento de las comunidades tobas arrastran cuadros de desnutrición, malnutrición o anemia porque consumen una monodieta hidrocarbonada a base de harina, de bajas calorías y sin proteínas, ni hierro ni calcio ni otros nutrientes. Tampoco se hacen

atender la anemia: “Cuando no tenés nada, no tenés más hambre –dice Núñez–, porque el hambre te anestesia, por eso buena parte de la gente se va muriendo entre los 40 y 55 años.”

El hospital Güemes de Castelli cubre 35 mil kilómetros cuadrados del monte, pero está pensado sólo como el extremo de una cadena de postas sanitarias que debería empezar más adentro, con los puestos B y A. Unos, en los parajes más desolados y alejados; y otros, de mayor complejidad, en



ULTIMAS IMAGENES DE UNA CULTURA En la otra página, Juan y Elida Sosa. Hace tiempo, cuando los primeros blancos que llegaron al monte para dar una mano le preguntaron a Juan cuánto hacía que estaba desnutrido, él respondió: “Desde que tengo memoria”. Su hijo es un pastor evangélico que también padece tuberculosis y desnutrición. En esta página, arriba, Pancha Monte, que está ciega e inmovilizada, esperando una silla de ruedas que nunca llega. Abajo, la iglesia del pastor Castillo, cubierta de donaciones que acaban de llegar de la provincia de Córdoba. En Bermejito hay unas ochenta y cinco iglesias evangélicas, muchas promovidas por el poder político local. Se encargan de distribuir alimentos.

los pequeños centros urbanos. Entre una y otra instancia no debería haber nunca más de cuarenta kilómetros. Sin embargo, el 80 por ciento de las 112 postas sanitarias B ahora están cerradas.

“Todos los núcleos comunitarios de la región tienen mal de Chagas y tuberculosis”, confirma Jorge Roberto Vázquez, el nuevo jefe de la zona sanitaria VI, a cargo desde diciembre, luego del cambio de autoridades en la provincia. “El problema es que esas enfermedades tienen un tiempo

de evolución natural y como tenemos fallas en los centros de atención de los primeros niveles, la gente llega a los hospitales tarde: en la última instancia.”

Vázquez salió a recorrer alguno de los lugares con un teléfono celular con cámara de fotos. En un puesto sanitario, encontró la puerta caída porque no tenía bisagras. El dintel de la entrada, además, pegado al techo de zinc como para provocarle un golpe de calor a un niño con 39 grados de fiebre. “¿Se entiende?”, dice él-. “Eso es para

que ustedes se den cuenta de que trabajamos en situaciones límite.” Además de médicos originarios formados como para atender a su gente; además de handys, de ciclomotores o de bicicletas, los médicos también necesitan caminos. “Si saco una peritonitis de Fuerte Esperanza, la ambulancia se me puede romper en el Km 60. Si tengo el móvil, y tengo una radio y yo me entero, tengo que mandar la 4x4 a pelearla. Por ahí también se me queda la 4x4, pero entre las dos tratan de sacar al enfermo luchando contra todo, porque además hay que pelear con el agua: acá ha llovido más de mil milímetros en poco tiempo... ¡sesenta o noventa días!”

Antes de las últimas lluvias, cada vez más frecuentes, el bosque era un espacio cerrado, un reservorio de aguas estancadas donde se reproducía el mosquito o la larva sin causar mayores daños. Al parecer, como el bosque quedó liberado por la tala de árboles, comenzaron a proliferar vectores como la vinchuca –que transmite el mal de chagas– y mosquitos que transmiten el dengue y la fiebre amarilla, indica el médico. Existe leishmaniasis visceral, producto de un parásito que genera una enfermedad cutánea y que pasa a la sangre. Y en la última década, se triplicaron los casos oncológicos. ¿Por qué? “En la zona de Castelli es una cosa ya conocida por la población –dice el médico–: por los campos electromagnéticos que generan los cables de alta tensión que pasan por el centro del pueblo, transformadores, por las aguas arsenicales, por los agroquímicos, podemos tener muchas ideas pero no sabemos a ciencia cierta por qué.”

* * * *

ENCORVADA, LA VIEJA ROSALÍA ESTRADA DA unos pasos. Las arrugas se le pliegan a través del cuerpo. En su cuarto, unas piedras de colores cuelgan suspendidas en pequeñas bolsas. Alrededor de la cama, los amuletos aparecen dispersos, pesados, transformando el cuarto en una suerte de sagrario.

Apenas se sienta, ella pregunta en voz baja por el nombre de la persona no-toba que se acerca. Repite el nombre despacio, como si algo mágico ocurriera en ese trance en que su lengua *qom* le abre espacio al español.

Hace años, llegó a la finca levantada poco antes de la entrada de Villa Río Bermejito, a la orilla de un canal. Dejó su pueblo cuando era joven, casada con un caminante en la época en que los tobas no eran sedentarios. Pasaron de Fortín Lavalle –en el este del Impenetrable– a Formosa y, muchos años más tarde, a Bermejito, porque uno de sus hijos la llamó para avisarle que viniera, que se estaban loteando las tierras. Desde entonces, no abandonó el sagrario, esa casa donde entra y sale para curar a los que llegan, originarios o blancos.

“Yo ya no curo más el cáncer –dice ella– porque me canso.”

Cuando tenía 12 años, su abuelo decidió darle sus poderes. Era un *Pio'oxonaq* reconocido entre su gente, un médico natural,

habitualmente dedicados no sólo a la cura del cuerpo sino de los males del alma.

“De jovencita vive mi abuelo todavía –explica ella en su castellano peculiar–, viene borracho un día y me habla de que él me va a dar su poder para que yo cure.”

Y se lo dio. Aquello parece haber ocurrido cuando su abuelo se convenció de la cercanía de la muerte, como lo indican las reglas de sucesión. Ahora, ella se golpea el pecho con una mano, el puño cerrado, una y otra vez, como con grandes sacudones de descargas, intentando dar cuenta de aquella transmisión. De cómo ocurrió. De cómo su abuelo, tal vez borracho, se acercó con esas convulsiones para pasarle alguna de sus almas.

Es que esos saberes no se transmiten de generación en generación de manera espontánea, ni se heredan. Se manifiestan de modo antropomórfico y zoomórfico, escribió Orlando Sánchez, un historiador toba, autor de *La cultura en los pueblos toba del Gran Chaco*. Un ser espiritual asistirá a partir de ese momento el ejercicio de la profesión del *Pio'oxonaq* como un espíritu compañero. Será el encargado de transmitir el oficio, las razones, los secretos y los saberes sobre el origen y las causas de los males. Aquellas manifestaciones espirituales luego pueden propalarse oralmente de generación en generación, pero los ritos del pasaje sólo comienzan cuando el que posee los saberes se sabe cerca de la muerte.

Rosalía, que aún no delegó sus saberes, tiene puesta una chaqueta celeste como los médicos en la ciudad. Un alfiler en los extremos más altos la sujetan; el pelo espeso, atado. En su casa, una mujer espera.

“Me duele mucho mi panza –dice la paciente–, bajó mucho mi sangre; el hospital dijo que yo tenía infección. Me dicen: «Pastillita cada doce horas», «cada ocho horas», después a la noche y no pasa nada y me sigue doliendo el estómago.”

–¿Qué le dijo Rosalía?
–No me dijo nada todavía.

LA MUJER LLEVA VARIOS DIAS DE ACAMPE en el sagrario. Como a cada uno de los que llega, la vieja anciana la cobijó dándole un espacio para dormir donde no hay espacio, bajo unas carpas improvisadas alrededor de la casa. La mujer recorrió varios kilómetros para encontrarla, después de una travesía por el hospital Julio Perrando de Resistencia. Ahí llegó con una hemorragia en el bajo vientre como aquellas que tenía de joven, cuando “me bajaba el mes”, dice. Aquel “mes” no baja en realidad desde hace muchísimos años. Un médico de Bermejito la operó cuando era joven por otra hemorragia que, en aquel caso, provocó su esterilidad. El médico era Humberto Cichetti, un blanco recordado porque en 1965 batalló contra la gran epidemia de tuberculosis que enfermó a quinientos originarios. Cichetti murió en los últimos años junto, tal vez, con la confianza de esta mujer en los blancos. Ahora, con su cuerpo seco por dentro, y ya grande, su flujo de sangre volvió a aparecer para doblarle la panza y



VULNERABILIDAD Y DESNUTRICIÓN Los chicos de la familia Vázquez, en una zona atacada por el Chagas y la tuberculosis. A la derecha, postal de la crisis sanitaria chaqueña, que excede los límites del Impenetrable y del pueblo toba. Mario Gutiérrez es un gringo de Resistencia. Famélico y con una hemorragia interna, vive al lado de una sala sanitaria, pero no confía en los tratamientos médicos.

ella corrió al hospital aunque enseguida optó por buscar a Rosalía. La anciana sólo le apoya las manos en el vientre durante las tardes, y comienza con sus plegarias, oraciones que en algunos casos sostiene durante noches y noches como entrando en trance.

Cuando un *Pio'oxonaq* se encuentra ante un enfermo, advierte Sánchez, debe emprender un largo camino de análisis para dar con el origen de la enfermedad. César Ceriani Cernadas, un antropólogo del Conicet especializado en el estudio de estos pueblos, cree que la salud para ellos es un campo de batalla. “Un campo de poder que merma o no de acuerdo con las relaciones sociales.” En esa lógica, dice, también aparece la envidia como advirtió Julio en la muerte de su hija o las sospechas, que antes sólo iban dirigidas hacia los blancos y ahora hacen estragos entre ellos, como producto del mismo proceso de fragmentación que padecen los pueblos.

Uno de ellos, sentado al borde de una silla, dice que todo comenzó un día, cuando el pájaro carpintero logró conquistar a la hija de una de las estrellas. Como era orgulloso, de buen aspecto, el pájaro logró relacionarse en el cielo para formar una familia. Cuando todo estuvo terminado, el pájaro le dijo a la hija de la estrella que, antes de aceptarlo, fuera a preguntárselo a su padre. Ella viajó mucho tiempo hasta su constelación, que estaba muy arriba, para preguntárselo a don Siete Estrellas, que era su padre. “Puedes casarte –le dijo él–. Pero él debe quererte mucho y cuidarte también, debe aprender a apreciar mi dignidad y respetarme.”

La leyenda original no concluye en ese punto, sino con peleas y un castigo. Pero

el cuentista termina allí, como si aún necesitara de la estrella y de aquel pájaro. En ese universo lidia Rosalía para curar a sus enfermos. Cura con las manos, las oraciones y especialmente con sus labios que se apoyan pesadamente sobre los cuerpos enfermos aspirando y succionando sus males, como si en cada beso intentara arrancarles las infecciones del alma.

Hasta hace unos años, ella curaba enfermos de cáncer o de picaduras de víboras. Como el resto de los *Pio'oxonaq*, recogía sus medicinas naturales en el monte. Como lo recuerda el historiador toba, eran diuréticos para mejorar la función de los riñones, cicatrizantes para las enfermedades del pulmón, de la artritis y dolores reumáticos,

no ve bien, sino también porque no encuentra esas potentes medicinas indígenas en el trozo de monte cercado. O las que encuentran, dice, ya no sirven para curarlos.

“Antes los más viejos no comían lo que están comiendo ahora, la comida de los blancos –explica–. Comían algarroba, pescado, cardo, chañar, tatú, mulita y nunca tienen problemas. Después, cuando conocen la comida de los blancos, se enferman y parece que eso les hace mal y empiezan las enfermedades, los pulmones también se enferman, antes nunca tuvieron problemas ellos.”

Por ejemplo, antes nadie usaba el azúcar que ahora les llega, cuando llega, en las cajas de alimentos del gobierno. Los originarios endulzaban sus cosas con la *rubicita*, una

che en polvo y unas pocas latas de picadillo y *corned beef*. La harina es la base de esa monodieta obligada y desabrida: capaz de saciarles el hambre, pero no de alimentarlos.

Torta Parrilla:
1 kg de harina
grasa
sal a gusto

Seis tazas cuelgan de la rama de un árbol. A la hora del almuerzo, las tres mujeres de una familia de El Colchón tienen la masa de harina y grasa lista sobre una olla para alimentar a una familia de más de veinte. “Si no hay sal, comen igual. Si no hay grasa hacen engrudo y comen engrudo”, dice Rolando Núñez del Centro Mandela. “Harina siempre hay, por eso la piel se les pone negra cuando la apretás, mientras que a los blancos no les sucede, a ellos se les pone así porque tienen hambre.”

“El desabastecimiento del monte creció en los últimos diez años, a partir de la producción sojera a gran escala y la ganadería en bosques donde antes no se hacía”, explica Hernán Giardini, coordinador de la Campaña de Biodiversidad de Greenpeace. La frontera agrícola-ganadera, hasta entonces concentrada en la pampa húmeda, se extendió a las provincias del Norte en busca de nuevas áreas de explotación, más baratas además. La tasa de deforestación argentina es cinco veces mayor que la mundial. Según un informe de los ecologistas, son 280 mil hectáreas anuales: una hectárea cada dos minutos. El Gran Chaco concentra en este momento 70 por ciento de todos los desmontes, [Cont. en pág. 144]

“LLEGARON AL IMPENETRABLE!”, ANUNCIA SELVA, LA OBSTETRA QUE TRABAJA EN LA ZONA. “POR FUERA, VERDE COLOR ESPERANZA; POR DENTRO, NEGRO COMO EL INFIERNO!”

las digestiones difíciles, las enfermedades del hígado, faringitis crónicas o calmantes para cualquier dolor de bronquitis o casos de menstruaciones dolorosas. Rosalía también reconocía límites entonces, y los conoce ahora. Ella no cura la tuberculosis, como tampoco se anima con el cáncer, ni con cualquiera de las tareas más delicadas. No sólo porque su cuerpo parece ya incapaz de resistir las noches de desvelo en oración y porque

miel blanda que encontraban escondida en el monte. Ahora, las cajas de alimentos no tienen cardos, ni chañar, ni mistol, ni ñan-gapirí, ni frutas del cactus, ni tunas, ni las chauchas de algarrobo. Tampoco ciervos, tapir, jabalí, avestruz o chanco moro. Son unos quince kilos de alimentos cada tres personas, distribuidos cada cuarenta o sesenta días con paquetes por kilo de harina, aceite, azúcar, grasa, sal, fideos, arvejas, polenta, le-

MONTE EXTINCIÓN

[Viene de pág. 110] el porcentaje de deforestación más alto del país.

Siendo más precisos, en 1999 la provincia contaba con 1.918.517 hectáreas de tierras fiscales, que en su mayoría corresponden a bosque nativo. Para 2005, las tierras fiscales disponibles se redujeron un 65 por ciento (quedaban sólo 687.051 ha). En 2006, Greenpeace elaboró el informe *Desmontes SA*, en el que denuncia a los responsables de la poda y liquidación de los campos. En el Chaco encontró al Grupo Eurnekian y a los hermanos Gualtieri. Al Grupo Eurnekian lo autorizaron a desmontar unas 35 mil hectáreas, pero la Dirección de Bosques chaqueña le aplicó una multa, porque entre 1996 y 1998 llevó adelante desmonte sin autorización por lo menos en unas tres mil hectáreas.

El de los hermanos Gualtieri, en cambio, es uno de los ejemplos más elocuentes de la adquisición de tierras fiscales a precios irrisorios. En 1983, adquirieron 10 mil hectáreas de tierras fiscales en el Impenetrable a cambio del compromiso de construir instalaciones para ganado y la introducción de hacienda que nunca hicieron. La tenencia de las tierras está en litigio porque el gobierno les pidió que las devuelvan.

Hoy, una hectárea de tierra en el Chaco cuesta unos 200 dólares, el desmonte está entre 200 a 300 dólares más. Una hectárea

en plena pampa húmeda como Pergamino cuesta unos 10 mil dólares. La diferencia de costos, según los especialistas, es una de las razones que estimula la compra masiva de tierras fiscales en El Impenetrable, muchas de las cuales están ocupadas por aborígenes o campesinos. La presencia de los nuevos propietarios pobló los montes de alambrados, cercó el acceso a los alimentos, provocó el desplazamiento de las comunidades hacia las ciudades y reubicó a otras en pequeños lugares.

“El problema no tiene que ver sólo con la comida y la asistencia sanitaria, sino que les cambió la forma histórica de subsistencia, reemplazando la recolección y la crianza de animales por una alimentación distinta —explica Giardini—. En ese nuevo contexto, no tienen dónde caminar porque está todo alambrado: antes las familias contaban con 300 o 400 hectáreas con sus cabras, porque las comunidades necesitaban salir al monte a cazar y esas tierras no les interesaban a nadie. Las comunidades vivieron tranquilas, pobres, pero con una dignidad que ahora pueden sostener muy pocas por el monte degradado por la tala.”

“Para nosotros, nada de esto es nuevo”, dice Orlando Charole, presidente del Instituto Aborígen del Chaco (IDACH). “Es una carga muy terrible que tuvieron nuestros antepasados, abuelos, tíos y padres: no es un escenario nuevo para los pueblos indígenas. Lo que pasa es que llega-

mos a un momento en que la opinión pública llamó la atención porque existe una situación catastrófica, frente a la cual esperamos que el Estado reaccione con responsabilidad para cambiar la situación de la gente.”

Con una dieta hidrocarbonada, el cuerpo no ingiere aminoácidos. Y los aminoácidos le sirven al cuerpo para generar anticuerpos, explica el médico Vázquez. “Si vos no tenés anticuerpos, no tenés defensas, sos inmuno-deprimido. Entonces ¿cómo va a hacer, en esas condiciones socioeconómicas, una persona que no tiene aporte proteico para defender su vida? ¡No puede! Entonces, empieza por lo más fácil: se contagian entre ellos: hay un tuberculoso en la familia y eso hace de foco y se va diseminando la enfermedad: ¿cuál es la causa fundamental? La desnutrición, la comida. Porque vamos a hacer un cálculo mental sin recurrir a la estadística: en Palermo, ¿cuánta tuberculosis hay?”

Oscar Holzer es el ministro de Salud del Chaco. Asumió en diciembre, con el gobierno kirchnerista de Jorge Capitanich. El informe de la OMS dice que la tuberculosis está fuera de control, y sugiere lo mismo del Chagas. “No, no están fuera de control”, dijo él en una entrevista a *El Diario del Chaco*. “Ni el mal de chagas ni la tuberculosis. Lo que pasa es que nosotros estamos encontrando mayores porcentajes en relación con lo que se venía hablando en los últimos años. Eso no significa

que esté fuera de control.” Obviamente, dice después, que el “problema gravísimo de falta de políticas de desarrollo no se va a solucionar en dos meses”.

* * * *

LA VINCHUCA SE ARRASTRA POR LAS PAREDES de la casa. Pero no busca a sus víctimas intentando alcanzar la cama. No. Para picarlas, sube hasta el extremo más alto, en el techo, y espera. Cuando todo está en orden se larga y cae justo sobre la cama.

Selva lleva tiempo observando a Rosalía, y al monte. Llegó al Impenetrable como becario del programa de médicos comunitarios de Nación. Dejó Resistencia hace tres años, a su marido y a dos hijos adolescentes a los que logra ver cada quince días, cuando puede, cuatro días al mes. En el infierno también ella se contagió de Chagas.

Dos niñas corren con dos botellones vacíos. La más alta, se pierde de un salto atrás de unas matas. En el ojo de un charco oscuro sumerge uno de los dos botellones bien adentro, y lo alza con el líquido estancado. Como haría con una jarra, vuelca uno dentro del otro, hasta llenarlo. Charco arriba, bajo un árbol, se arrodilla, pasa el líquido por un colador y deja que corra hacia una olla. Su madre enciende un fuego. Pone la olla. Un bebé llora en el fondo. Varias cajas de leche en polvo aguardan ahora el primer hervor caliente para el biberón. 